

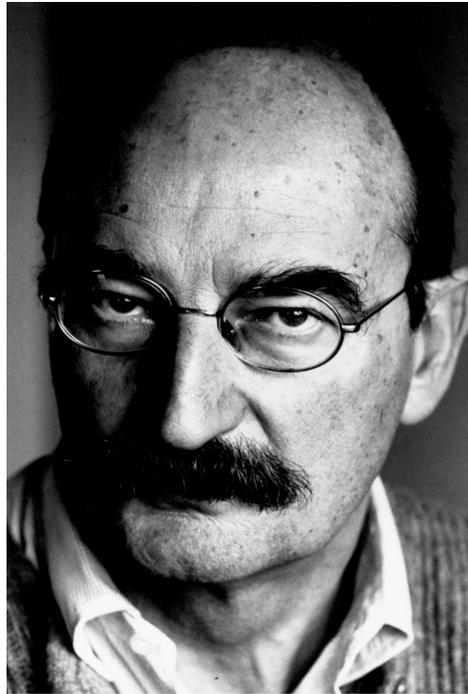
Sławomir Mrozek, Revolución S.A.

Edgar Esquivel

Hay una buena anécdota para contar. Es ajena. No hay cita ni fuente fiables. Es, por tanto, un mito, o más bien una suposición. Pero bien vale lo apócrifo del caso. Y más quizás el hecho de que al final se juntan, sin aparente sentido, dos personajes disímboles. Pero es necesario un preámbulo.

El escritor polaco Sławomir Mrozek existe. Para bien o para mal, no es una invención. En su libro más reciente que se ha publicado, *La vida para principiantes. Un diccionario intemporal*, se reúnen acontecimientos cínicos y viñetas cotidianas del absurdo que delatan, más que un dejo de ironía, una jocosa fatalidad y una crítica implacable contra la cerrazón totalitaria, la intolerancia y el prejuicio. En la contradicción propia de los hombres, donde se llega a hacer gala de plena rusticidad, y que los ingenuos e impenitentes alternan con un dudoso sentido común, hay lecciones donde uno menos lo espera. Es decir, la falta de ambición y expectativa se torna un bálsamo de sabiduría: “Mi nacimiento es uno de esos hechos en los que no me queda más remedio que creer, ya que no guardo el menor recuerdo de él. Si hay una vida o algo semejante después de la muerte, es probable que tampoco recuerde haber fallecido. En el fondo, no tenemos ninguna certeza sobre los dos hechos que constituyen el fundamento de nuestro ser... o de nuestro no ser”.

Palabras más, palabras menos, el libro de Mrozek agrupa términos como quien repasa experiencias: de “ambición” hasta algo tan elusivo como “verdad”. Es una selección variopinta de algunos de los grandes temas que nos ocupan cada época. Se puede o no estar conforme en sus aproximaciones y definiciones, pero es indiscutible que el genio y el sentido del humor permean la razón, aunque el autor, con toda



Sławomir Mrozek

propiedad, “nunca haya tratado de ser divertido”. Multifacético hombre de palabras, pero no de acción, y es a través de ellas que busca hacer una “revolución personal” y tener una vía de escape de las “servidumbres que la historia le ha impuesto”.

Un término como el de “revolución” no se agota. Al contrario, tiene un efecto estimulante en quienes la profesionalizan, pervierten o compran. Es un afrodisiaco conceptual que no pierde vigencia entre los aspirantes a héroes, ni tampoco entre los estudiosos de las más complejas disciplinas del conocimiento (los científicos y otros charlatanes). Todos parecen llenarse la boca y el orgullo con sólo mencionarla. Acaso los artistas de verdad sean los únicos revolucionarios, pero lo demuestran con un lenguaje propio y distinto. En el fondo —y en la forma también— de lo que trata toda la revolución es la posesión de una actitud ante la vida. Es un exceso, una extravagancia, una necesidad de irrealidad. Relata Mrozek a propósito: “En mi habitación la cama estaba aquí, el armario allá y en medio la mesa. Hasta que esto me aburrí. Puse en

tonces la cama allá y el armario aquí. Durante un tiempo me sentí animado por la novedad. Pero el aburrimiento acabó por volver”.

¿Dónde está el origen de nuestro aburrimiento e inconformidades?, ¿por qué la novedad en cualquier terreno resulta irresistible, al grado de que la ruptura y el cambio radical se convierten en obsesiones? Lo cierto es que después de un tiempo ocurre que “la cama está de nuevo aquí, el armario allá y la mesa en medio. Y cuando me consume el aburrimiento, recuerdo los tiempos en que fui revolucionario”. Si se mira bien, no es terrible decir que la utilidad de la revolución radica en que, al menos por un tiempo, es un remedio contra el sopor de la existencia. La sensación de movimiento, en sociedades o individuos, resulta gratificante. Esa fábula no se tiene que leer, pensar o anticipar, se vive, quizá por eso no abundan los éxitos.

De eso va la anécdota prometida inicialmente: un día, en cierta comilona entre diplomáticos españoles y estadounidenses, uno de los convidados, un filósofo, escuchaba atento la charla de sobremesa, amenizada por tintos y otros licores. Los reclamos fraternos no faltaron: “a ustedes —decía airado un gringo— les molestan nuestros modos y afanes imperiales, pero eso sí, los dólares no parecen causarles mayor dilema”. Ufano, el filósofo respondió: “es que pasa lo mismo que con el jamón, una cosa es comérselo y otra muy distinta tener que invitar por ello a los cerdos a la mesa”. José Ortega y Gasset entendió muy bien que antes de ser un hecho social, toda revolución es un contrasentido personal, un capricho que se comparte, el no estar de acuerdo con nada y sonreír por ello, justo como una buena sátira polaca. **U**